

autores nefandos, en la ilustre compañía de Darwin, Zola, Voltaire y Javier Marías, que aborrece las procesiones de Semana Santa. Por si fuera poco, ¡se menciona a Ratzinger! A propósito de la pitagórica transmigración de las almas, Angélica le pregunta al perro: «Así que es un ascenso. ¿Quién eras? ¿Ratzinger?». Y el perro responde: «No, ese todavía da guerra por ahí. Y si no me equivoco, después de un ascenso tan previsible como innecesario, va a tener que pasar por el es-

tadio de saltamontes en el desierto. Tal vez tenga el honor de que se lo coma San Juan Bautista. De ahí, tendrá que trepar poco a poco. Será largo, pero no demasiado difícil para él». En fin, haciendo gracia de la judicial defensa de la tortura, que tampoco sería mal testimonio de cargo, cerraremos la reseña con esta perla de Medoro: «En un país como éste nunca se come uno bastantes curas. Son los curas los que acaban comiéndote a ti». ■

La travesía (1927-2008). Memoria de mi tiempo

de José Monleón

Ignacio Amestoy

*La travesía (1927-2008).
Memoria de mi tiempo*

de
José Monleón

Edita
Marcial Pons,
Madrid, 2008

Colección
Ediciones de Historia

«Siempre he intentado conjugar el interés estético con el compromiso ético. Es decir, construir una estética de la ética, basada en la coherencia», son las primeras palabras de José Monleón en su libro *La travesía (1927-2008). Memoria de mi tiempo*. En su epílogo, en el que el autor se sueña dormido, en un pasado-presente, mientras navega de Valencia a Palma de Mallorca para hacer su servicio militar, se le presenta un soldado que le pide que se identifique, cosa que hace con rotundidad: «José Monleón Bennácer, agnóstico, judeo-español, moro, marrano, latinoamericano y mediterráneo». El centurión inquiriere: «¿Alguna observación?». Y Monleón contesta, subrayándolo: «Nunca se adaptó a las costumbres de su especie». Tras dar cuenta de la marcha del controlador militar, el autor traza el desenlace de la escena, del sueño y del libro: «Me acuesto de nuevo. Y el cielo se llena de bosques y cumbres sombreadas, en las horas machadianas de la tarde».

No es una autobiografía al uso la que estructura y escribe Monleón en estas memorias. Aunque no dejan de estar los datos que nos sitúan a uno de los protagonistas más relevantes del teatro español en su muy ajetreteada historia y en sus múltiples geografías, *La travesía* plasma el imaginario de uno de

nuestros intelectuales más destacados en sus ideas y en sus creaciones. Monleón sobrevuela sobre su nacimiento en enero de 1927 en Tavernes de la Vallidigna, en Valencia; sobre su paso con nueve años por Marruecos, donde en una escuela francesa le explican que «Francisco I era un rey astuto e inteligentísimo y Carlos V una especie de bobalicón»; sobre su vuelta a la Península, a la Costa Brava, porque su padre «entró como telegrafista en Port-Bou, ciudad fronteriza y bombardeada por los nacionales»; sobre los primeros cursos de bachillerado en Gerona, «cuando metieron a mi padre en la cárcel», o sobre la llegada a Valencia, sus estudios de Derecho y su descubrimiento del teatro.

Madrid, su encuentro con José Ángel Ezcurra, y sus aventuras en *Triunfo* y, más tarde, en *Nuestro cine* y, sobre todo, en *Primer Acto*, es el punto de inflexión de su vida. Sin lugar a dudas, el fiel espejo de Monleón será la revista *Primer Acto*, que cumplió en 2007 sus cincuenta años. Desde *Triunfo*, hasta la muerte de Franco, «la construcción de un pensamiento frente a la Dictadura, con sus obligadas estrategias y la creación de vínculos de complicidad que permitieran expresar algo de lo que estaba amordazado». Desde *Primer Acto*, el seguimiento puntual y testi-

monial del teatro que se escribía y se hacía en el mundo —publicándose obras de autores como Brecht, Beckett, Pinter, Heiner Müller, Saramago o Tawfiq Al-Hakim, y haciéndose el desentrañamiento de directores como Brook, Grotowsky, Sthreler, Ronconi o Kantor— y, claro está, en España, con una atención puntual a nuestros autores y a la edición de sus piezas, y, también, estableciendo un sólido puente con América Latina y sus movimientos teatrales, y en esta colosal aventura ultramarina un justo recuerdo a Luis Molina, «personaje que merece un respeto de nuestro teatro que no ha tenido».

De los diez capítulos, con epílogo, que tiene el libro, el sexto lo dedica el autor a sus «espacios propios». El primero, el ya apuntado de *Primer Acto*. El segundo, su creación teatral: junto con otras piezas, *Sefarad*, *La noche de Casandra*, *Argonautas 2000*, *El clavel y la espada...*, fruto de sus cercanos y lúcidos análisis sobre «la violencia mediterránea», vinculada a sus relevantes ensayos *Humanismo y barbarie* o *Cultura democrática*. En este capítulo, además de remarcar experiencias como la vivida con el prodigioso Távora y La Cuadra, Monleón se plantea «un teatro del futuro», en el que habrá de liberarse al espectador «de su condición de complacido cliente». El tercer espacio, la Real Escuela Superior de Arte Dramático, de la que es catedrático emérito: «Teníamos que buscar, una y otra vez, el origen de la creación teatral en la existencia personal y en las circunstancias sociales, en el momento *fundacional* —puesto que el texto se escribe en un momento dado y el teatro lo usa en tiempos dispares— y en el nuestro». Concepto de un magisterio que en la vida de Monleón se ha extendido y se extiende fuera de las aulas. Cuarto espacio, la dirección de festivales: Elche (1994), Mérida (1984-1989) y Madrid Sur (desde 1996 hasta ahora mismo).

Y quinto espacio: el Instituto Internacional del Teatro del Mediterráneo, espléndido edificio teórico y práctico conformado por foros, festivales, programas pedagógicos, encuentro, talleres o cursos que desde Madrid, Almería, Toledo o Alicante se extienden a Marrakech, Rabat, Tel Aviv, Cagliari, Sarajevo, Sofía, Estambul, Delfos o El Cairo.

Apartado especial en *La travesía* es el que otorga Monleón a la «Cultura de la Alianza». Frente al «choque de civilizaciones» de Samuel Huntington, opta por la «Alianza de Civilizaciones». «Soy hombre de teatro y tengo la experiencia de textos dramáticos o representaciones que han situado en un mismo punto, a través de una comunicación personal, a gentes de culturas muy distintas y hasta antagónicas», subraya el autor para avalar su tesis desde el ámbito en el que ha desarrollado y desarrolla de manera ejemplar su fecunda trayectoria vital.

José Monleón ha concebido *La travesía* como un viaje por su pensamiento, más que por su biografía. En una página de su libro hay una glosa entrañable que retrata al intelectual, al escritor, al gestor y a la persona, bajo el título de «El viajero», precisamente. Monleón nos habla de los seres humanos y sus legados: «Los hay que dejan en herencia sus bienes y sus actos, los hay que dejan sus ideas, sus libros o sus versos. Y están los que dejan la nave para que otros sigan el viaje». Y, claro, el viaje del hombre en su vivir será objeto de su reflexión: «Admiro a esos viajeros cuyo destino es un punto imprevisto en el camino elegido». Para, luego, completar el dibujo del modelo de sus viajeros: los que «creen en el objetivo del viaje, y reman mientras pueden». Y concluye: «Su herencia es el puesto que dejan en la nave. Sólo a ellos deberemos un día el escapar a las corrientes». *La travesía* nos confirma algo que ya sabíamos, que Monleón es unos de estos viajeros. ■



COLECCION LAS PUERTAS DEL DRAMA

Encuaderne sus revistas utilizando las grapas omega

